

Santo Tomás de Aquino

(SAN JERÓNIMO.) El Salvador, después de abandonar a los fariseos y a los calumniadores, pasa a los países de Tiro y Sidón para curar a sus habitantes, y por eso se dice: "Y saliendo Jesús de allí, se fue a las partes de Tiro y de Sidón."

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 13, sobre Mateo.) Es digna de atención la conducta del Señor, quien en el momento en que separó a los judíos de la observancia sobre los alimentos, abrió la puerta a los gentiles: así también Pedro recibió la orden en una visión de abolir esa ley, e inmediatamente fue enviado a Cornelio (Act., cap. 10): mas si alguno pregunta: ¡Cómo es que después de haber dicho el Señor a sus discípulos que no fueran por los caminos de los gentiles, ahora Él mismo va por ese camino? Contestaremos en primer lugar, que el Señor no estaba sujeto al precepto que dio a los discípulos: y además, porque no fue allí a predicar, y por eso dice San Marcos (cap. 7) que se ocultó a sí mismo.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, como arriba.) El Evangelista la llama Cananea, a fin de hacer ver la influencia que en ella ejercía la presencia de Cristo. Los Cananeos que habían sido expulsados para que no pervirtieran a los judíos, se mostraron en esta ocasión más cuerdos que los judíos, saliendo fuera de sus fronteras y acercándose a Cristo. Mas esta mujer, luego que se hubo acercado a Cristo, no le pidió más que misericordia; por eso sigue: "Y clamaba diciéndole: Señor, hijo de David, tea piedad de mí."

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 17, sobre varios lugares de San Mateo.) Ved la cordura de esa mujer: no se fue a los hombres seductores, ni buscó fórmulas vanas; sino que dejando todas las supersticiones diabólicas, se va al Señor: y no pidió a Santiago, ni suplicó a Juan, ni se acercó a Pedro; sino que amparada en la protección de la penitencia, corrió sola al Señor. Y mirad una escena nunca vista: pide y manifiesta con gritos su dolor, y el Señor, que tanto ama a los hombres, no la responde; y por eso sigue: "Y Él no respondió palabra."

(SAN JERÓNIMO.) Y no la responde no por un acto de soberbia semejante a la de los judíos, ni por el orgullo propio de los escribas, sino por no parecer que estaban en contradicción su conducta y aquellas palabras suyas: "No vayáis por los caminos de los gentiles" no quería dar motivo a que le calumniaran, y reservaba para el tiempo de su pasión y resurrección la completa salud de los gentiles. (Glosa.) Con esa dilación y falta de respuesta, nos manifiesta el Señor la paciencia y la perseverancia de la mujer. También fue una de las causas para no responder, el que quería que le suplicaran por ella los discípulos, a fin de hacernos ver de esta manera lo necesarias que son para conseguir alguna cosa las súplicas de los Santos; por eso sigue: "Y llegando los discípulos, le rogaban, etc."

(SAN JERÓNIMO.) Los discípulos, que aun no sabían en ese tiempo los misterios de Dios, rogaban por la mujer Cananea, o bien movidos a compasión, o bien porque deseaban librarse de su importunidad.

(SAN AGUSTÍN, de cons. Evang., lib. 2, cap. 49.) Parece haber una especie de contradicción entre lo dicho anteriormente y la narración de San Marcos, que dice: que cuando vino la mujer a suplicar por su hija, se encontraba el Señor en una casa. Puede desde luego creerse que San Mateo no habló de la

casa, y sin embargo, contó el mismo hecho; pero como él refiere que los discípulos dijeron al Señor: "Despáchala, porque viene gritando en pos de nosotros", parece indicar, que la mujer dirigió sus súplicas al Señor cuando éste iba andando. Debe, pues, entenderse este pasaje en este sentido: La mujer entró en la casa donde estaba el Señor, puesto que San Marcos dice que el Señor estaba en una casa; pero después de las palabras que refiere San Mateo: "Y no la respondió": durante este tiempo de silencio (puesto que ningún Evangelista dice si continuó el Señor en la casa) es de creer que el Señor se salió de esa casa: de esta manera se enlaza todo perfectamente, y desaparece toda diferencia entre ambos Evangelistas.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 53, como arriba.) Yo presumo que se entristecieron los discípulos ante la desgracia de la mujer; pero no se atrevieron, sin embargo, a decir: Dala esa gracia: cosa que nos sucede con frecuencia: queremos persuadir a alguno, y sin embargo, le decimos muchas veces lo contrario de lo que queremos. Mas, respondiendo Él mismo dice: "No soy enviado sino a las ovejas de Israel, etc."

(SAN JERÓNIMO.) No dice esto, porque no hubiera sido enviado a las demás naciones, sino para indicar que fue a Israel, a donde primeramente había sido enviado, y que después de que este pueblo rechazara el Evangelio, el Evangelio pasaría con justicia a los gentiles.

(SAN JERÓNIMO.) Y dice señaladamente: "A las ovejas perdidas de Israel" para que comprendamos con ayuda de este pasaje la parábola de la oveja perdida (Luc. 15).

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 53, como arriba.) Pero al ver la mujer que nada podían los Apóstoles, perdió la vergüenza; dichosa vergüenza, Antes no se atrevía a presentarse delante del Señor; por eso sigue: "Porque viene gritando en pos de nosotros": mas cuando parecía que se retiraría llena de angustia, entonces se acerca más al Señor: por eso sigue: "Mas ella vino y le adoró."

(SAN JERÓNIMO.) Notad cómo esta mujer Cananea le llama con perseverancia hijo de David, en seguida Señor, y por último le adora.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, como arriba.) Y por esto no dijo: Ruega, o suplica a Dios, sino, oh Señor, ayudadme. Y cuanto más aumentaba sus súplicas la mujer, tanto menos atendía Él a sus súplicas: y no llama ovejas a los judíos, sino hijos: mas a ella perro. "Y Él respondiendo dijo: no es bien, etcétera."

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, como arriba.) ¡Mirad la prudencia de la mujer! No se atrevió a contradecir, ni se entristeció por las alabanzas de los otros, ni se abatió por las cosas sensibles que la echaron en cara; por eso sigue: "Mas ella dijo: Es verdad, Señor; pero también los perros comen de las migajas que caen de las mesas de sus señores, etc." Había dicho Él: "No es bien"; y ésta dijo: "Así es, Señor." Él llama hijos a los judíos, y ésta, señores: Él llamó perro a esta mujer, y ella añadió la cualidad de los perros; como si dijera: si soy perro, no soy extraña; me llamas perro, aliméntame tú como a un perro: yo no puedo abandonar la mesa de mi Señor.

(SAN JERÓNIMO.) Son ensalzadas la fe, la humildad y la paciencia admirables de esta mujer: la fe, porque creía que el Señor podía curar a su hija: la paciencia, porque cuantas veces era despreciada, otras tantas persevera en sus súplicas; la humildad, porque no se compara ella sólo a los perros, sino a los cachorrillos. Sé, dice, que no me merezco el pan de los hijos, ni puedo tomar sus alimentos enteros, ni sentarme a la mesa con el

Padre; pero me contento con lo que da a los cachorrillos, a fin de llegar, mediante mi humildad, hasta la mesa donde se sirve el pan entero. (SAN JUAN CRISÓSTOMO.) Por esta razón, se retardaba el Señor; sabía Él que le hablaría ella de esa manera, y no quería quedara oculta tan grande virtud; por eso sigue: "Entonces respondió Jesús y la dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe: hágase contigo como quieres!" Como si dijera: tu fe puede comprender cosas mayores que éstas; pero entretanto hágase contigo como tú quieres: observad que esta mujer influyó no poco en la curación de su hija; y por eso no dijo Cristo: Sea curada tu hija, sino: "Tu fe es grande: hágase contigo como quieres"; de esta manera nos da a entender la sencillez de corazón con que habla esa mujer, no para adular al Señor, sino para manifestarle su gran fe. Esta palabra de Cristo es parecida a aquella otra: "Hágase el firmamento, y fue hecho": por eso sigue: "Y desde aquella hora fue sanada su hija." ¡Mirad cómo alcanza la mujer, lo que no obtuvieron los Apóstoles: tan gran poder tiene la insistencia en la oración! y Dios prefiere el que le dirijamos a Él nuestras súplicas por nuestros pecados, a que nos valgamos de las súplicas de otros.

(SAN REMIGIO.) Estas palabras nos ofrecen un ejemplo de la necesidad que hay de catequizar y bautizar a los niños; porque no dice la mujer: salva a mi hija, o ayúdala, sino ten compasión de mí y ayúdame. De aquí viene la costumbre en la Iglesia de prometer a los fieles su fe a Dios en lugar de sus hijos pequeños, por no tener éstos la razón y la edad suficientes para hacer a Dios esa promesa; y así como por la fe de esa mujer fue sanada su hija, así también por la fe de los fieles se perdonan los pecados a los niños. Esta mujer significa, en sentido alegórico, a la Iglesia Santa, formada por todas las naciones; y la venida del Señor, después de abandonar a los escribas y a los fariseos, a los países de Tiro y de Sidón, nos figura el abandono en que después dejaría a los judíos, y que se pasaría a los gentiles. Y salió esta mujer de los confines de su tierra, porque la Iglesia santa salió de los errores y vicios antiguos.

(SAN JERÓNIMO.) Yo pienso que la hija de la Cananea representa las almas de los fieles, que eran cruelmente maltratadas por el demonio, cuando no conocían a su Criador, y adoraban las piedras.

(SAN JERÓNIMO.) ¡Admirable transformación de las cosas! En otro tiempo estaban en Israel los hijos de Dios, y nosotros éramos los perros: la diversidad de la fe cambia algún tanto este orden: después (en el tiempo en que se cumpla el misterio de la pasión) se dirá a los judíos: Muchos perros me han rodeado; y nosotros oiremos con la mujer Cananea estas palabras: "Tu fe te ha salvado."

(SAN AGUSTÍN, de quest. Evang., lib. 1, cap. 16 17.) El no venir el Señor a las casas del hijo del Centurión y de la mujer Cananea, significa que las naciones a donde El no fuere, alcanzarán la salvación por medio de su palabra. La salud del hijo del Centurión y de la hija de la mujer Cananea, mediante las súplicas de sus padres, nos representa la persona de la Iglesia, que es madre de todos los miembros, que son sus hijos; porque se la llama madre de todos los hombres de que se compone; y éstos llevan, por lo mismo, el nombre de hijos.

(SAN HILARIO, can. 1, sobre Mateo.) O también: esta mujer, que salió fuera de los límites de su país, es la primera de los prosélitos, es decir, salió de entre las naciones para ir al medio de un pueblo que le era extraño, suplica

por su hija (esto es, por la plebe de las naciones, sometidas a la dominación de los espíritus inmundos), y llama al Señor hijo de David, porque le conoció por la ley.

(Santo Tomás de Aquino, Catena Aurea, tomo II, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1946, pp. 62- 66)